



RENDIBÚ 18 FESTIVAL DE ARTES

Hasta el 17 de mayo se difundirán los trabajos del concurso en 'La Verdad' y laverdad.es
RENDIBÚ: El arte toma los medios

RELATOS

1

Un hombre camina en la oscuridad, oculto de las estrellas por un vaporoso manto de nubes. Carga con un saco a sus espaldas. Su paso es lento, pero su actitud liviana. Camina ensimismado por la euforia.

A solas con sus cavilaciones arrastra los pies para marcar un ritmo musical con el ruido de la grava. A veces detiene el paso y modifica la cadencia para evitar la monotonía. Regurgita en su memoria los momentos más especiales de la noche, y los saborea lentamente.

Las nubes descubren la luna, que arroja luz sobre la campiña. El hombre detiene su paso y suelta el saco. Se mira las manos. Piensa orgulloso en todas las cosas que ha hecho con ellas esta noche. Sus manos son las manos de un cazador, de un asesino, de un carnicero. Pero la reflexión le sabe ligeramente amarga, y al alzar la vista ve cómo las cosas revisten formas amarillas, indecisas, fantásticas. Hay algo incomprendible y hostil en esta claridad. Y mira al cielo impaciente porque las nubes camuflen de nuevo las sombras.

Una ráfaga de viento gime a través de las hojas y acaricia su rostro. Y recuerda el éxtasis al morder las mejillas de un bebé. Recuerda el sublime espectáculo de hundir las uñas en su tierno pecho y sentir cómo la sangre brota de sus heridas, mientras su mirada, aterrada por el dolor, aún busca el consuelo en los ojos de su verdugo. Recuerda el sabor salino de sus lágrimas, el gimoteo candoroso de la presa que ha recuperado la confianza en su captor cuando cesa el daño. El hombre camina de nuevo en la oscuridad.

Un grito agudo surca su remembranza, y el hombre detiene su paso. El silencio le envuelve de nuevo. Permanece quieto, expectante. Nada que llame la atención. Sin embargo, el hombre está inquieto. Había algo familiar en ese grito. Una nueva grieta en el cielo redescubre la luna. Vuelven las sombras, las formas amarillas, la claridad. El hombre ve que su destino está cerca. Extiende la mano. El reloj le dice que está a tiempo, pero no debe entretenerse. Reemprende el paso hacia lo que parece un cuarto de aperos. Pero mientras camina se descubre inquieto, inseguro.

UN HOMBRE CAMINA EN LA OSCURIDAD

MARK CRIMSON (PSEUDÓNIMO)



M.SAURA

2

El hombre detiene su paso frente a la puerta de una cabaña de madera. Abre la puerta. Dentro, sobre una gran mesa, encuentra el instrumental que dejara concienzudamente preparado la tarde anterior. Todo está en orden. Y como en una sinfonía que se ha ensayado muchas veces, el hombre pone en marcha su ritual.

Abre el saco y saca el cadáver de un bebé. Al posarlo sobre la mesa ve que sus ojos están abiertos, descansados. Sin rastro de lucha. Limpia la comisura de sus labios de lo que parecen restos de arena. El asesino contempla a su víctima un momento, antes de dar paso al carnicero. Hay una sed insaciable de infinito en la mirada de un niño muerto.

El carnicero afila el cuchillo y empieza su trabajo. Normalmente, el despiece completo de un cuerpo humano requiere una gran cantidad de tiempo, esfuerzo y espacio. Pero con un bebé es distinto.

Lo más cómodo es colgar a la víctima en postura de Gein, sobre un gran barreño, con las piernas separadas de modo que los pies estén alineados fuera de los hombros. Así es más fácil acceder a la pelvis y retirar los brazos más adelante. Con un cuchillo largo y plano se corta de oído-a-oido a través del cuello para seccionar las arterias carótidas internas y externas y los vasos sanguíneos principales que llevan sangre del corazón a la cabeza. Hay que esperar a que la sangría disminuya para proceder a la decapitación.

Se corta la garganta desde la mandíbula a la parte posterior del cráneo. Con el músculo y el ligamento rebanados, la cabeza se puede retirar limpiamente agarrándola de cualquier lado y retorciéndola por la zona donde la médula espinal se encuentra con el cráneo. A partir de aquí comienza el despiece propiamente dicho. Para quitar los brazos se realiza un corte en cada axila hacia el hombro, y para quitar las piernas debemos tajar la línea de la zona inguinal hasta la cadera. Es fácil. La carcasa requiere más esfuerzo. Lo más recomendable es quitar totalmente la espina dorsal, primero cortando y después aserrando a ambos lados desde el coxis. El carni-

ero conoce bien esta tarea y sus tiempos. El cuerpo de un bebé apenas lleva unos pocos minutos.

De nuevo, el hombre oye el grito. Pero esta vez con mayor intensidad. Como si procediera del mismo interior de la cabaña. Una ráfaga de viento hace vibrar la ventana, y el hombre mira por ella mientras posa su frente sobre el cristal. El trémolo le susurra algo cercano, íntimo, que resuena a hogar. Amanece.

3

El hombre sale al exterior. La luna continúa iluminando la campiña. Pero es cuestión de una hora que el sol comience a despuntar por el horizonte. El hombre se dirige a la parte posterior de la cabaña con los restos, y los arroja a una profunda fosa. Procede a rociarlo todo con sosa cáustica, y comienza a cubrir la cavidad con la tierra. El grito atormenta de nuevo al hombre, que parece despojado de toda su fuerza nocturna. Echa tierra con mayor velocidad y, frenéticamente, vuelve a la cabaña para recoger y guardarlo todo. Pero ahora el grito amartillea repetidamente su cabeza y siente la necesidad de salir al exterior.

El hombre se arrodilla y comienza a llenar su boca de tierra mientras intenta repetir el sonido que enjaula sus pensamientos. Cada vez le es más difícil gritar. Se atraganta, siente que se ahoga, y vomita. Vuelve a llenarse la boca de tierra. Y repite el proceso mientras los gritos se apagan y se solapan con los suyos.

Los primeros rayos de sol asoman y el hombre cae agotado, en paz. Oye una gaviota y siente la cercanía de la costa, del mar, de la arena. La brisa de la mañana viene mojada y el hombre se vuelve bocarriba con los ojos cerrados. Y recuerda las olas, la luz, la arena. Y recuerda el calor, y a su hermano, acunado en una toalla a su lado. Y recuerda preguntarse cuánta arena puede tragar un bebé.

Entonces el hombre abre los ojos y descubre que no es una gaviota lo que surca el cielo. Sino un cuervo. Que la humedad procede del río. Que la tierra que le envuelve es gruesa y tosca. Que hace frío y que está solo sobre los restos de un niño muerto. Y lamenta que sea la luz la que cobije sus pasos hasta el coche.